DT 05 48

Si puedo, lo cuento, lo bailo, lo canto, pero sobre todo lo comparto. En esta tarde, territorio de los niños, los mayores que a partir de aquí con vosotros se encierran, declaran públicamente. No queremos ni podemos volver a ser niños de nuevo, pero tenemos envidia, que nunca es sana, porque era tan bella aquella capacidad para creer en los reyes majos y para tener ilusiones, para sentir amor de manera desnuda, pero luego creces y te oxidas un poco, pierdes esa pureza y sin ilusión ni capacidad para encontrarte quizá un día tu corazón tenga bastante de hielo.

No volveremos a ser niños, de acuerdo, pero por qué no usar estas fechas para intentar recuperar lo que perdimos y no sólo para lamentarnos de lo que no tenemos. A todos nos molesta la alegría gratuita y sin sentido, pero quizá nos convenga utilizar esta época para reivindicar de una manera distinta la grandeza de algunos recovecos de la vida. Nosotros tenemos pocas palabras, quizá una lengua torpe, pero hemos encontrado que grandes hombres han sabido decir lo que os queremos mandar, una ilusión, que siendo consciente de la aspereza del destino, siga queriendo existir.

Ellos os quieren decir que sí hay posibilidad de ser feliz en este mundo de atropellos y ¿dónde está lo importante? Esos son los regalos que para todos vosotros nos han dejado estos hombres, que vivieron, sufrieron, amaron y caminaron mucho y al final vieron claro que puede haber felicidad en medio de la lluvia, que podemos construir un cobertizo de amor, amistad y compañía para resguardarnos. Pues empezaríamos por algún sitio. Si os parece, yo os propondría que empezáramos por... Bueno, perdón, buenas noches.

Carlos, aunque no conteste, pero al otro lado del cristal. Pero yo empezaría, y lo vais a ver enseguida, con Gabriel Celaya. ¿Os parece? Paísano mío.

Carlos, del bocho. Carlos, cuando quieras. Así veía a Gabriel Celaya esos momentos felices.

Cuando salgo a la calle silbando alegremente, el pitillo en los labios, el alma disponible, y les hablo a los niños o me voy con las nubes. Mayo apunta y la brisa lo va todo ensanchando. Las muchachas estrenan sus escotes, sus brazos desnudos y morenos, sus ojos asombrados.

Y ríen, ni ellas saben por qué, sobreabundando, salpican la alegría, que así tiembla reciente. No es la felicidad lo que se siente. Cuando llega un amigo, la casa está vacía, pero mi amada saca jamón, anchoas, queso, aceitunas, percebes, dos botellas de blanco, y yo asisto al milagro.

Sé que todo... y no quiero pensar si podemos pagarlo. Y cuando sin medida bebemos y charlamos, y el amigo es dichoso, creo que somos dichosos, y lo somos quizá burlando así la muerte. No es la felicidad lo que trasciende.

Cuando me he despertado permanezco tendido con el balcón abierto y amanece. Las aves trinan su algarabía pagana lindamente, y debo levantarme, pero no me levanto, y veo boca

arriba, reflejado en el techo, la ondulación del mar y el iris de su nácar, y sigo allí tendido, y nada importa nada. No aniquilo así el tiempo, no me salvo del miedo.

No es la felicidad lo que amanece. Cuando traslar mil vueltas a mis preocupaciones me acuerdo de un amigo, voy a verlo, me dice, estaba justamente pensando en ir a verte, y hablamos largamente, no de mis insabores, pues él, aunque quisiera, no podría ayudarme, sino de cómo van las cosas en Jordania, de un libro de Neruda, de su sastre, del viento, y al marcharme me siento consolado y tranquilo. No es la felicidad lo que me vence.

Abrir nuestras ventanas, sentir el aire nuevo, pasar por un camino que huele a madreselvas, beber con un amigo, charlar o bien callarse, sentir que el sentimiento de los otros es nuestro, mirarse en unos ojos que nos miran sin mancha. No es esto ser feliz, pese a la muerte. Vencido y traicionado, ver casi con cinismo, que no pueden quitarme nada más, y que aún vivo.

No es la felicidad que no se vende. Esos eran los momentos felices de Gabriel Zelaya, que bueno, pues esas son las palabras que nos dejó, y que de alguna manera es una invitación para que también con los amigos, con la amada o con el amado, pues seamos felices. Pero dime tus formas de... Yo iba a comentar... No, tu regalo mejor.

Bueno, sí, yo traigo un par de regalitos, ahora voy a decir solamente uno, y luego si me dejáis traigo otro, ¿no? Bueno, bueno, no sé, ya lo veremos. Ya lo veremos. Bueno, yo lo que quería decir del poema de Zelaya, que me parece precioso, es que la felicidad no se vende, pero tampoco se compra.

Y hoy es una noche de compras. Todavía hasta las tantas de la noche la gente compra. Yo creo que la felicidad no es eso, no es comprar.

Pero bueno, de todas formas, yo desde que era niña, la Noche de Reyes, nunca dormía. Siempre estaba expectante a ver qué es lo que me traían los Reyes Magos, a ver si les podía oír. Y yo, a pesar de que ya soy bastante mayorcita, pues sigo sin dormir la Noche de Reyes, porque me parece una noche mágica.

Y aún sigo pidiéndole, aunque no escribo, pero sigo pidiéndole a los Reyes que traigan muchas cositas, pero no cosas materiales. Bien, yo quiero traer un regalo a nuestros oyentes. Es un regalo de amor.

Y aunque el poema no es un amor así que sea feliz y tal, porque lo escribió Alfonsina Storni, lo escribió en un momento de su vida muy triste, en el que no encontraba amor. Entonces, yo quiero regalarlo para que la gente, al oírlo, vea lo mal que se siente uno cuando no puede dar la ternura que tiene dentro, cuando las caricias que no da, el amor que no entrega, pues se pierde. Dice así Alfonsina Storni.

Se me va de los dedos la caricia sin causa. Se me va de los dedos. En el viento, al pasar, la caricia que vaga sin destino ni objeto.

La caricia perdida. ¿Quién la recogerá? Pude amar esta noche con piedad infinita. Pude amar al primero que acertara llegar.

Nadie llega. Están solos los floridos senderos. La caricia perdida rodará, rodará.

Si en los ojos te besan esta noche, viajero, si estremece las ramas un dulce suspirar, si te oprime los dedos una mano pequeña que te toma y te deja, que te logra y se va, si no ves esa mano ni esa boca que besa, si es el aire quien teje la ilusión de besar, oh viajero, que tienes como el cielo los ojos, en el viento fundida me reconocerás. Edith, que bueno, bueno. Y si ahora los reyes a ti te regalaran eso que tú has leído, ¿qué dirías? Hombre, yo... Pero sin conocerlo, claro.

De pronto aparecieran los reyes y te dijeran todas esas cosas. Pues me sentiría triste si me dijeran estas cosas porque en realidad es un regalo que yo traigo para que la gente piense que están perdiendo muchas cosas por no amar, por no dar esa ternura y esas caricias. Entonces, si a mí me regalan este poema me encantaría porque me encanta Alfonsina Storni y disfruto con ella y con sus versos, pero en realidad yo lo que quiero es que nos regalemos todos ese amor y esas caricias y esa ternura que no se dan nunca.

Eso es lo que estoy pidiendo. Quizás a lo mejor lo que la gente no hace es decir el te quiero porque el te quiero compromete y la caricia compromete. ¿No sabes lo que pasa? Que yo os estoy escuchando encantada, ¿verdad? Bueno, Pilar, estabas... Demasiado tiempo callada estaba Pilar.

Sí, desde luego para quien me conoce es casi imposible verme tan silenciosa. Pero es que estáis pidiendo unas cosas, anda, que... Pero si no hay tiempo, pero si no hay tiempo. Además hay unas palabras que están en desuso.

Hablar de la hermosura, hablar del amor, pero si no se lleva nada. ¿Pero qué os pasa? Es una pena que no se lleve, ¿verdad? Quizás, Pilar, había que... yo no sé si lo voy a saber decir, pero había que buscar las palabras más sencillas, ¿no? Que era un poco lo que estaba haciendo Edito o quizás también lo que hacía Celaya o Alfonsina Storni. Celaya hablaba de algo maravilloso.

Sí, y son las palabras sencillas, o sea, la solidaridad, el amor, la compañía, la caricia, el te quiero. No esas grandes virtudes que suenan, no sé, muy importantes y casi yo diría esas virtudes franciscanas, ¿no? De andar por casa, de todo. Toda la vida ha sido lo más bonito, lo más sencillo.

Pero es que hablar hoy en sencillo, hablar hoy en fácil, es poco científico, demuestra quizá poca inteligencia. Demuestra, quiero decir. Algunos interpretan que eso no es ciencia, que eso es casi como demasiado ras, demasiado popular.

Y entonces eso, pues la gente no lo dice. En una universidad como la nuestra, esas cosas hay que controlarlas y cuidarlas mucho, ¿eh? Lo que pasa es que como estamos en Navidad, ¿verdad?, se nos va a perdonar. Se lo vamos a perdonar, se lo vamos a perdonar.

Por eso mismo, porque estamos en una universidad, y en esos tiempos, en la universidad a distancia, ¿no? En 1995, desde luego todo lo que estamos diciendo es muy sencillo. 96, cuidado. 96, ya estamos entrando en 96.

Es que hasta que pase el mes de enero, estas costumbres de seguir llamando 96, no desaparecen. Pero, en cualquier caso, lo estamos diciendo todo con un rigor absolutamente hermoso. Yo quería regalaros, sí, sí, sí.

Quería regalaros. Ah, no, pero es que aquí he sido egoísta, ¿eh? Has dicho regálame algo, no puede ser. Bueno, nada, no importa.

Es un regalo a los oyentes, ¿eh? Bueno, esas eran nuestras intimidades, perdón, perdón. Bueno, pues veréis, yo voy a ser mucho más sencilla, ¿no?, porque también voy a utilizar las palabras de otro. Y lo que pasa es que estas palabras fueron convertidas, fueron pasadas a música.

Entonces, si me permitís, yo voy a cantar, acompañándome muy parcamente, muy sencillamente, muy escuetamente con la guitarra, con unos pequeños acordes de guitarra, unas preciosas, preciosas palabras de un compositor hispanoamericano, o iberoamericano, ya no sé cómo se dice, bueno, de cualquier manera. Una persona maravillosa que se llama Facundo Cabral, que comparaba muchas veces la belleza con la mujer, con el amor, todo esto con el abandono. Entonces, si os parece, os las voy a cantar.

Hombre, vamos, encantados. Estáis encantados, ¿a qué sé? ¿A dónde irán las palomas cuando ya no son hermosas? O al igual que las mujeres, se esconden por vanidosas. ¿A dónde ha ido María, que mi alma no la llora? ¿O es que son la misma cosa, el amor y las palomas? ¿O es que son la misma cosa, el amor y las palomas? Bueno, pues claro, es que si superamos cantar, pues... Bueno, pero en definitiva, empezábamos el programa diciendo que si puedo, lo cuento, si puedo, lo bailo, y si puedo, pues sencillamente lo canta.

Sobre todo lo compartimos. Exacto. Sobre todo lo compartimos.

Queda lo importante. Era lo más importante. Bueno, Pablo, has estado absolutamente callado.

Sí. Nos has visto a Edith, a Pilar, a mí, y bueno, pues... Realmente yo aquí soy el acoplado. Estaba completamente maravillado ante vuestra capacidad.

Bueno, bueno, bueno, bueno, bueno. Luego, luego... Ante vuestra capacidad para jugar. Anda, anda.

Hablo, Pablo. Que lo arregle y se traigan muchas cosas. Sí.

Y yo también tenía un regalo. Tenía un regalo para todos vosotros, para todos los que nos oigan. Este realmente fue un regalo que se me dio a mí hace muchísimo tiempo.

Fue un descubrimiento. Y durante mucho tiempo este regalo, este poema, ha representado una

gran compañía en mi búsqueda. Ha hecho muchísima compañía en toda mi búsqueda.

Y bueno, pienso que tengo una responsabilidad con todos vosotros, con todos ustedes, que es la de hoy mandaroslo. La de hoy leeroslo. Porque quizá pienso que os pueda hacer algo de compañía en vuestra búsqueda.

Pues eso es lo que deseamos compartir, Pablo. De Antonio Gamoneda. Verdad.

Teníais para uniros únicamente kilómetros de tierras rojas y un río que desciende cada vez más despacio. Pasaron treinta días. Cambió el color de la tierra.

También creció la lentitud del río. Ahora estás esperando en medio del campo y sientes la serenidad de los árboles y la vibración de los pájaros. Miras los montes, miras el aire y se te representa la justicia de las cosas.

Es decir, la poesía de las cosas. Y tú bien sabes por dónde tu compañera va a llegar, por dónde ande hacia ti, de qué pueblo desciende. Y de pronto la ves sobre el camino.

Tiene forma de juventud. Parece un chiquillo que de pronto ha adquirido serenidad de madre. Andas cien pasos.

Ya ves cómo le tiemblan los extremos de la boca porque te ama y porque tiene miedo. Y ahora ya la has rodeado con tus brazos y tocas la dura suavidad de los hombros y trozos, frescos unos y abrasadores otros, de su cuerpo. Y de pronto te das cuenta de que huele mucho a ella misma y a mujer y a algo desconocido aún.

Y lo respiras. Entonces los dos os sentáis en la tierra y pones la cabeza sobre su pecho y la oyes vivir. Te sentirás seguro en el mundo.

Habrás notado que no hay soledad pero que hay algo más fuerte y más útil y hermoso. Conocerás el destino y crecerá tu paz al acercarse la noche y al ir sabiendo que la vida es una inmensa, profunda compañía. No sé, apilar.

Bueno, bueno, yo no sé cómo explicarte. Esta es la auténtica representación de la gente joven. Esta es la verdad de la gente joven.

No esos becerros de Bengoa que van gritando por ahí por las calles y bebiendo de forma desmedida. Tú eres el futuro, Pablo, y tú eres la juventud que yo quiero tener cerca de mí. O sea, que eso quede muy claro.

Eso es un regalo. Una declaración y un regalo. Amorosa.

Yo soy así, ya lo sabéis. Y, además, es que me da como rabia que solamente estemos escuchando, pues lo que acabo de decir, que la gente joven vive mucho, que la no sé qué, no sé cuál. Bueno, pues Pablo le dedica mucho tiempo de su vida a buscar y a buscar poemas tan preciosos que le hagan compañía, como él muy bien nos ha dicho y nos ha leído, que le hagan

compañía para descubrir su vida.

Por supuesto, y hay otros jóvenes que buscan y hacen otras cosas. O sea, que no solamente es lo que dicen por ahí. Pues os aseguro a todos que he encontrado y voy encontrando a mi alrededor mucha gente de mi edad, o incluso menos, o un poco más, que tiene todas estas preguntas y para las cuales todos estos poemas, todos estos versos, representan respuestas, respuestas momentáneas de las que se saca muchísimo placer y muchísima enseñanza.

A ver si alguien esta noche se decide a comprar a nuestros jóvenes libros de poemas, ¿no? A ver si alguien. Todavía que no están abiertas las tiendas. Quizá con que a alguien le entraran ganas de repasar 10 versos o de leer 35 poemas en su casa, quizá ya nos habríamos ganado el sueldo.

Por supuesto. Bueno, no sé qué vamos a cobrar aquí hoy. Antes decíamos, a la hora de empezar, decíamos que no queríamos ni podemos volver a ser niños, pero que también estábamos ocultando que había una diferencia de edades.

Sí, sí. Pero bueno. Existe, existe.

Se oye, ¿no? Sí, se oye. En cualquier caso, Pablo, lo que sí, bueno, por mi parte, Edith y Pilar también lo han dicho, que no queremos volver a ser más jóvenes, pero que nos encontramos muy a gusto con jóvenes como tú y como muchos como tú que hay por ahí. O sea que, bueno, pues nada, que efectivamente haberlos ahí era un regalo y es el regalo de los pocos años y el ver a un joven como describe el perfume de mujer es muy bonito, es realmente algo muy emocionante.

Por supuesto. O sea que, porque entre otras cosas, qué bien huelen las músicas. Algunas veces.

Bueno, pero de todas maneras. Algunas veces y algunas. Me dejáis que... Esto se ha muy dirigido a alguien porque Goitisolo se dirigía a una persona, a una mujer que se llamaba Julia y eran palabras para Julia.

Tú no puedes volver atrás porque la vida ya te empuja como a un aullido interminable. Hija mía, es mejor vivir con la alegría de los hombres que llorar ante el muro ciego. Te sentirás acorralada, te sentirás perdida o sola, tal vez querrás no haber nacido.

Yo sé muy bien que te dirán que la vida no tiene objeto, que es un asunto desgraciado. Entonces siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti, un hombre solo, una mujer así tomados de uno en uno, son como polvo, no son nada. Pero yo cuando te hablo a ti, cuando te escribo estas palabras, pienso también en otros hombres.

Tu destino está en los demás, tu futuro es tu propia vida, tu dignidad es la de todos. Otros esperan que resistas, que les ayude tu alegría, tu canción entre sus canciones. Entonces siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti.

Nunca te entregues ni te apartes, junto al camino nunca digas no puedo más. Y aquí me quedo.

La vida es bella, tú verás como a pesar de los pesares tendrás amor, tendrás amigos.

Por lo demás no hay elección y este mundo tal como es será todo tu patrimonio. Perdóname, no sé decirte nada más, pero tú comprende que yo aún estoy en el camino. Y siempre, siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti como ahora pienso.

La vida es bella, tú verás como a pesar de los pesares Y siempre, siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti como ahora pienso. Y siempre, siempre acuérdate de lo que un día yo escribí pensando en ti como ahora pienso. Y con su camino y sin cansancio, pues para todas ellas, evidentemente con una voz que no es ni de mujer ni de joven, pero que para todas ellas es un gran... Tampoco es de viejotos, ¿eh? No, no, no, no le he dicho, no le he dicho.

Es la tuya, es la tuya preciosa, además. Que estás últimamente acomplejado, ¿eh? Es que ya sabes, son los kilos, ¿no? Se dicen los años, no los kilos. Bueno, estamos ya... Bueno, hemos pasado la mitad ya de ese tiempo que nos habíamos quedado.

Queda muy poco tiempo, quedan algo así como cinco minutos. Bueno, pues entonces yo, rapidito, rapidito, sí. Mira, yo traigo un segundo regalo a nuestros oyentes.

Es un poema, porque yo siempre traigo poemas, de un poeta cubano que se llama Alfredo Sainz Blanco. Y es un poema que habla de la casa, de nuestras casas. Yo imagino que estos días las casas han estado súper adornadas, pero seguro que en la mayoría de las casas ha habido problemas familiares, circunstancias varias que nos han hecho saltar.

Creo que eso ocurre muchas veces, pero yo creo que deberíamos ser mejores anfitriones. Bien, pues el poema se titula Canción de la casa. Esta es mi casa, poblada de libros sabios y pacientes, como la esperanza.

Es mi casa un trigal y yo defenderé su canción contra las tempestades. Alguna vez la esfinge llegó hasta su puerta y vinieron ríos y soplaron vientos, pero mi casa no cayó, porque está sobre la peña, en la roca azul, zanjada por mis manos. Aquí un gato comparte mi silencio, reposa la Biblia de mi padre y bajo la mirada de Lennon se animan los versos.

En mi casa, como alborada, nacen los cromos de mis hijos. Conservo, como en un santuario, los espejuelos del abuelo y la palabra viva de la tía ausente. Esta es mi casa.

Ella venció la pasión de mi chaqueta de marino. Mi casa, digo, y el posesivo es sólo una forma de nombrarla, puede ser tuya si conoces sus emblemas, su canción, su escudo, su ceremonia. Casa, templo, abrigo, el bosque donde Diana Cazadora reconoció a su hermano, al pequeño Adonis.

Es mi casa, muy sencillo, un lugar para amar. Es otro regalo Edith, ¿no? Y, efectivamente, era la casa. Y eso es lo que queríamos cantar hace unos minutos, a la casa, a la familia, a la compañía, a la alegría, a la ilusión.

Y con ese día que era de niños. Pilar. Bueno, pues yo, hace ya muchos años, he ido cultivando la amistad, la amistad de las personas, la amistad de las gentes que me rodean.

Hombre, aquí entre nosotros, y en un día de confesiones también tengo que decir que tengo lista de enemigos, pero no importa. Aquí lo importante son los amigos. Y precisamente fue una amiga quien me regaló un precioso libro de poemas.

Conchita Sanuí, también es música como yo. Y voy a tratar de jugar más que recitar, porque eso sería, para los expertos que están aquí conmigo esta noche, sería una osadía que yo hablara de recitar. Voy a jugar un poco con unas preciosas palabras que ella escribió hace algún tiempo.

Se titula, es un libro de poesías que ella ha escrito. Y se titula, que nadie vaya a la luna. Ella comparte conmigo, o yo comparto con ella en este caso, el hecho de que algunas cosas nos están estropeando un poco.

Yo durante muchísimos años decía osadamente que la luna era mía. Fijaros qué estupidez. Bueno, pues... Igual, igual.

Pero esta noche es un poco tuya. Bueno, pues como es un poco mía, la voy a compartir con todos vosotros con el poema, con la poesía de Conchita Sanuí, y me voy a acompañar de un instrumento muy original. No os voy a decir cómo se llama, pero voy a jugar con él mientras suena el poema.

¡Que nadie vaya a la luna! La luna es para mirarla desde una noche tranquila por una ventana blanca. ¡Que nadie vaya a la luna! ¡Os digo que nadie vaya! No vaya a ser que se enfade si ensuciamos su silencio, si ensordecemos su calle. ¡Que nadie vaya a la luna! La luna es para mirarla para que ella nos mire desde su ventana blanca.

Después de oír esto, yo no quiero que vaya nadie a la luna. Pero, desde luego, lo que sí se puede decir es que también la luna hoy la queríamos compartir con vosotros. Y eso es lo que en definitiva ha hecho Pilar.

Pilar Lago, que fue una de las que estuvo aquí con nosotros durante estos minutos acercando todos los sonidos que podíamos acercaros. También estuvo Edith Checa, que nos regaló hasta una casa. ¿No, Edith? Estuvo Pablo, que nos habló hasta de los perfúmenes de... Perdón, de los perfúmenes.

Porque digo yo los perfúmenes. Por aquello de la canción. De los perfumes de mujer.

Y habló de Gamoneda. Y Pablo Rupérez. Y estuvo... Al otro lado del cristal estuvo Carlos Martín de Aboín.

Y le hicimos sudar también, y dudar, y vacilar. Y yo, José María Rupérez. Tote Rupérez.

Y puesto que pudimos, contamos. Puesto que pudimos, leímos. Puesto que pudimos, lo cantamos.

El que pudo. Pero en cualquier caso, que os conste, que era nuestro regalo. Y lo compartimos.

¿Pilar? Sí, quería decir que todo el rato de estos programas, tanto en las entradas como en los finales, hubo alguien que nos regaló siempre su música. Un homenaje para Rossini. Muchas gracias y buenas noches.

Fueron pequeños, pequeños regalos, o grandes regalos, según se mire. Vamos con otro programa de los que anunciábamos en nuestro sumario. Es el quinto tema, el quinto programa de ese curso monográfico del hombre a la divinidad.

Y hoy, en concreto, la religión. La religión, pero ¿por qué la religión? Acaba esta serie.